

---

**SEMBLANZAS**

---

## LA VIDA EXTRAORDINARIA DE MARIO CONDE

Padura no es solo un gran novelista sino el exponente máximo, a nivel literario, a la manera de un Balzac, de toda una época, la de la Cuba castrista pero muy en especial, la del tardocastrismo.

**PABLO BARRIOS ALMAZOR**

**E**l “soplo divino”, como dice el propio Leonardo Padura, llegó en 1989 y gracias a la creación del personaje de Mario Conde, el escritor cubano volvió a la literatura después de largos años en el periodismo. Desde entonces y hasta su más reciente aparición en *Herejes*, publicada en 2013, Mario Conde nos ha ido acompañando a lo largo de ocho espléndidas novelas y no parece que tenga la intención de abandonarnos.

Padura inserta a su personaje, el brillante y contradictorio investigador de la policía habanera, dentro de los esquemas clásicos de la novela policiaca y presenta una serie de cuatro novelas que el novelista

denomina Las cuatro estaciones: *Pasado perfecto* (1991), *Vientos de cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997) y *Paisaje de otoño* (1998).

Con el huracán con que se cierra *Paisaje de otoño*, Conde deja definitivamente la policía y parece lanzarse, por fin, a su verdadera vocación de escritor. Ahí se acaba el ciclo.

A partir de entonces, sin embargo, se va a producir un extraordinario proceso de reaparición del personaje, en *Adiós Hemingway* (2001), *La neblina del ayer* (2005), *La cola de la serpiente* (2011) y la mencionada *Herejes* (2013). Incluso retrospectivamente, Mario Conde aparece en la edición de 2002 de la primera novela de Padura, *Fiebre de caballos*, publicada por primera vez en 1988. Está claro que el escritor no puede abandonar al personaje y que se siente plenamente identificado con el Conde, como le llaman sus amigos.

Desde el primer momento cuando comienza la saga de *Las cuatro estaciones*, el personaje ha sido un antipolicía, cuya verdadera vocación era la de escritor (su ideal, un Salinger, al que quisiera emular escribiendo una novela “escuálida y conmovedora”). Conde está, además, profundamente decepcionado por las circunstancias que le ha tocado vivir como miembro de “una generación escondida”, traumatizado por la corrupción generalizada y cada vez más convencido de la importancia central de la libertad de conciencia.

Conde se refugia en una serie de satisfacciones íntimas de las que puede disfrutar, a diferencia de la mayoría de los cubanos que, según él, han tenido que renunciar a sus mismísimos sueños: Tamara (su gran amor, desde la época anterior a la universidad, que ha podido al fin alcanzar), el grupo de amigos entre los que siempre están el Flaco Carlos, el Conejo, Candito el Rojo, Andrés y hasta sus perros Basura I y Basura II, esa succulenta comida (la misma pasión que Carvalho), que a pesar de todas las enormes dificultades en la Habana, consigue la madre de Carlos, los libros y las películas que puede ver en compañía de Tamara... Conde a pesar de su oficio, sigue siendo un blando, “un sentimental de mierda”, que no ha sabido comportarse según el darwinismo que trató de inculcarle su abuelo Rufino,

de origen canario, gran organizador de peleas de gallos y que es un rasgo distintivo de la realidad circundante. En el caso del Conde, se ve cada vez más como un outsider, que va recibiendo golpes que no iban destinados a él.

Al final de *Paisaje de otoño* Conde deja la policía, muy influido entre otros factores por la destitución de un jefe al que consideraba un maestro indiscutible como el mayor Rangel y se convierte en un comprador y vendedor de libros viejos asociado a Yoyi el Palomo. Es desde este nuevo trabajo, que va a ayudar a resolver casos policíacos, en las siguientes novelas.

La primera novela de Padura *Fiebre de Caballos* (1988) está protagonizada por Andrés un miembro del grupo de amigos del Conde, que se presenta como médico y tiene un papel importante en *Paisaje de otoño*. Andrés en las páginas finales de esta obra reprocha a sus amigos que no le comprendieran y que le hubieran criticado cuando se enamoró de Cristina y que ahora persistan en su actitud crítica cuando les anuncia que tiene los papeles listos para irse a Miami.

En la primera reaparición del Conde como ex policía, este lanza al mar una botella de ron destinada a su amigo en la que se encuentra el *bloomer* negro de Ava Gardner, que había conservado en su casa Hemingway.

En la reedición de *Fiebre de caballos*, en 2002. Mario Conde reaparece en el capítulo de juego de pelota y casi al final del libro, se muestra como presunto escritor de la novela.

En *Adiós Hemingway* (2001), Padura da cuenta de una “asignatura pendiente” en relación con un escritor al que considera como uno de sus maestros indiscutibles pero ante el que, en lo personal, manifiesta unas grandes reticencias (prepotencia, parodia y descalificación de amigos y compañeros, crueldad, incapacidad de reconciliación, aislamiento en su residencia de Finca Vigía con desconocimiento y falta de interés real por Cuba...). En este “arreglo de cuentas” con el escritor, en el que sale, en definitiva, bien parado, le acompaña Conde, pero casi en un segundo plano, para hacerse cargo de un enredo policíaco, que no constituye la trama esencial del libro.

El planteamiento es totalmente distinto en *La neblina del ayer* (2005), uno de los mejores títulos del novelista, en que sí se produce una clara reaparición del personaje, en su nuevo papel de comprador y vendedor de libros viejos. Nadie mejor que Conde para conducir la sugestiva evocación de la Habana de los 50, del fabuloso mundo de músicos, cabarets y espectáculos con que contaba la ciudad (más de sesenta y dos cabarets, con dos y hasta tres espectáculos por noche). Ese ayer se contrapone en la novela al presente de ruina y abandono. El protagonista efectúa un verdadero “descenso a los infiernos” en uno de los puntos más oscuros de la ciudad para hablar con una serie de miembros del deslumbrante mundo desaparecido y resolver así el misterio de la novela.

Conde está también presente en *La cola de la serpiente* (2011), obra menor en que se vuelve a constatar la decadencia de la Habana, esta vez a través de su barrio Chino y en que el ex-detective tiene que encajar las pesadumbres que el trabajo policial puede provocar en uno de los aspectos de la vida que el Conde valora más como es la amistad.

En la que hasta ahora es la última novela de la serie, *Herejes*, la solución de los problemas policiales (el misterio del Rembrandt robado a la familia judía de los Kaminsky y la desaparición de la joven cubana Judith Torres) pasa a ser secundaria y se imponen los grandes temas del novelista, en especial, la reflexión sobre la libertad de conciencia, por encima de cualquier credo político, religioso o ideológico.

Para Conde, al final de la novela, lo más importante es:

“el conocimiento que ahora poseía de las existencias y anhelos de Daniel Kaminsky y Judith Torres, aquellos dos seres empeñados cada uno a su modo y con sus posibilidades, en encontrar un terreno propio, escogido con soberanía, un refugio en el cual sentirse dueños de sí mismos, sin presiones externas. Y las consecuencias a veces tan dolorosas que tales ansias de libertad podían provocar”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Leonardo Padura: *Herejes*. Barcelona, Tusquets, 2013, página 488.

La vocación de pintor del sefardí Elías Ambrosius Montalvo de Ávila, en la época de Rembrandt, debe imponerse a las reglas fijadas por la comunidad judía.

Conde hace incluso extensivo ese culto a la libertad a su perro Basura II, que

“disfruta vagando por las calles de su barrio, persiguiendo a dos perras en celo. Aquella forma de vida, escogida por su albedrío, era para el animal, más importante que dos comidas al día y baños garrapaticidas”<sup>2</sup>.

Y para gran alivio y alegría final del Conde aparece también, y ante su gran sorpresa la decisión de su amada Tamara de dejarle en total libertad para casarse o no.

El otro gran tema de las novelas de Mario Conde es el del desencanto con la sociedad cubana. Como en el excelente guión de la película de Laurent Cantet, *Regreso a Ítaca*, Padura presenta a lo largo de su obra una generación sacrificada:

“A sus cuarenta y cuatro años cumplidos, Conde se sabía un paradigmático integrante de la que años más atrás él y sus amigos calificaron como la generación escondida, los cada vez más envejecidos y denostados seres que sin poder salir de su madriguera habían evolucionado (involucionando en realidad) para convertirse en la generación más desencantada y jodida dentro del nuevo país que se iba configurando sin fuerzas ni edad para reciclarse como vendedores de arte o gerentes de corporaciones extranjeras o al menos como dulceros o plomeros. Aunque les quedaba el recurso de resistir como sobrevivientes”<sup>3</sup>.

El Hombre Nuevo que la Revolución iba a crear no es otro que Yoyi, el Palomo, socio y de algún modo, jefe del Conde en el negocio

<sup>2</sup> *Ibid.*, página 426.

<sup>3</sup> *Ibid.*, página 24.

de compra y venta de libros viejos: ajeno a la política, adicto al disfrute ostentoso de la vida, portador de una moral utilitaria, el ejemplar paradigmático de una nueva generación de cubanos.

La corrupción, que afecta sobre todo a los miembros de la clase diligente es la que va provocando el desafecto del policía, en una novela tras otra. La juventud descrita en *Herejes* que se reúne en la habanera calle G, está compuesta de grupos de frikis, rockeros, staters y emos que, como Judith Torres y sus amigos, creen en automutilarse y autodeprimirse. Es una generación sin ilusiones, que quiere decididamente distanciarse de sus padres, miembros del “establishment”, envueltos algunos de ellos en casos de corrupción.

Como el personaje de Diego en *Fresa y chocolate*, la película de Tomás Gutiérrez Alea, el escritor describe el deterioro de los barrios de La Habana que en algunos casos llega a afectar a

“seres, para los que, a pesar de obediencias y sacrificios, la existencia había funcionado como un tránsito entre una nada y un vacío, entre el olvido y la frustración”<sup>4</sup>.

Mario Conde no quiere, a pesar de todo, dejar La Habana y partir, como muchos de sus amigos (Andrés, el médico) a Miami.

Al recibir el Premio Princesa de Asturias, Leonardo Padura reconoció que le debía todo como escritor a su país, a su cultura, a su lengua y a ese grupo de amigos que, desde muy niños, jugaban a la pelota, en las calles de La Habana. Y también expresó su deuda de gratitud con ese personaje de Mario Conde, el cubano, que lo ha acompañado en sus afanes literarios por estos últimos 25 años y esperamos, lo hará por otros 25 años más.

El ex policía está saltando ahora, en todo caso, al cine y la televisión.

Tornasol Films, con la colaboración de Radio y Televisión Española, ha terminado una miniserie televisiva con las cuatro novelas de la

<sup>4</sup> *Ibid.*, página 182.

tetralogía *Las cuatro estaciones*. El director Félix Viscarret ha realizado una excelente adaptación, contando para ello con el gran actor cubano Jorge Perugorría en el papel de Mario Conde y un elenco de soberbios actores, en la mayoría cubanos. Uno de los cuatro capítulos de la serie se ha presentado como largometraje en España *Vientos de la Habana*, título con que se ha rebautizado la novela *Vientos de Cuaremas*. Aunque la miniserie acentúa la trama policíaca de la novela, Viscarret y su equipo han conseguido también una sugestiva descripción de la Habana y de los diferentes ambientes reflejados (es muy notable, por ejemplo, el mundo gay de *Máscaras* y la evocación de Virgilio Piñera).

Lucía López Coll esposa de Leonardo Padura, está finalizando un documental sobre el novelista y este salto a la televisión de Mario Conde. En el documental, Padura reconoce que el ambiente habanero está lentamente cambiando y que se dibuja en el horizonte un paisaje conducido por una joven generación con ideas diferentes a las que han prevalecido hasta ahora.

Antonio Banderas va a grabar también otra serie en los Estados Unidos, basada en las mismas novelas, que allí se denomina *Havana Quartet*.

Padura no es solo un gran novelista sino el exponente máximo, a nivel literario, a la manera de un Balzac, de toda una época, la de la Cuba castrista pero muy en especial, la del tardocastro. Las series televisivas tienen el gran desafío de acercarse a reflejar ese momento histórico y social que se ha plasmado de un modo tan definitivo en las novelas. 🐼